

La vigencia del Che en esta nueva fase de la lucha antiimperialista, anticapitalista y pro-socialista

Narciso Isa Conde

A Kiva Maidanik, ejemplar, talentoso y erudito latinoamericanista soviético. Comunista toda la vida a pesar del poder burocrático, guevarista de alma y corazón en tiempos difíciles, amigo entrañable...

En la trayectoria y la obra revolucionaria del Che se sintetizan la actitud frente a la ciencia y al mito que tanto necesitamos en el proceso de recuperación de las izquierdas y de la confianza de los pueblos en su propio accionar.

El símbolo Che crece con los años,, después de su caída en Bolivia. Se reafirma como fuente de inspiración luego de todos los reveses sufridos, trasciende la época que le tocó vivir y demuestra toda la falsedad que encierra aquello del “fin de la historia” cuando más se requiere combatir y superar un orden capitalista cada vez más injusto, brutal y riesgoso para la vida en el planeta.

- Rebeldía, insumisión.
- Apertura de mente.
- Aferramiento a la verdad.
- Correspondencia entre su prédica y su práctica.
- Indiferencia ante los bienes materiales, el prestigio personal y la fatuidad.
- Aversión al poder para sí.
- Militante de todas las causas justas.
- Crítico implacable y mordaz de sí mismo.
- Reflexivo y crítico temprano de los problemas que aquejaban al llamado socialismo real.
- Innovador y creativo en la búsqueda de un tránsito al socialismo de profundo contenido humano.
- Internacionalista a toda prueba.
- Adversario del burocratismo y del dogmatismo.
- Preocupado por la necesidad de forjar seres humanos nuevos.
- Enemigo de la autoafirmación y partidario del ensayo que confirmara el acierto o el error.

- Enemigo de los privilegios y del uso abusivo del poder.
- Solidario, humano, desprendido de todo egoísmo en la relación con sus compañeros/as de lucha y sus familiares y amigos.
- Portador de una moral y una honestidad incommovibles.
- Apasionado en la búsqueda científica y en el estudio superador.
- Enemigo de la copia y esforzado en la creación teórica ajustada a la realidad de América Latina y del llamado Tercer Mundo.
- Defensor intransigente de un orden mundial justo y equitativo.
- Practicante de un profundo amor por la humanidad y sus causas emancipadoras.

Estas cualidades, entre otras, caracterizaron la vida y la trayectoria del Che.

Ellas pudieron no abarcar todas las necesarias en su época y pueden ser incluso, en algunos aspectos, insuficientes en este nuevo período dado las nuevas situaciones y los fenómenos no desarrollados, o limitadamente tratados, en la época que le tocó vivir y luchar.

Entre esto hay que destacar lo relativo a los cambios en el capitalismo y en las sociedades hegemónicas por él en esta era neoliberal y a la luz del desarrollo científico-técnico, los nuevos actores sociales y el impacto sobre los viejos, las repercusiones y reflexiones sobre el colapso del denominado socialismo real, el rol de los pueblos originarios convertidos en nuevos sujetos políticos, las nuevas modalidades de la lucha de clases, las nuevas reflexiones y rebeldías sobre la opresión de género, el adulto-centrismo, el ambientalismo, la globalización y dictadura mediática modernizada...

Reconocerlo de seguro resultaría del agrado de Ernesto dentro de su nueva condición de fuente inspiradora de las nuevas revoluciones.

Pero no hay dudas de que esos y otros atributos de su personalidad y de rol social explican el porqué de la trascendencia de su ejemplo, el porqué de su poder convocante y estimulante, el porqué de su extraordinaria y singular incidencia en la recuperación de la subjetividad antiimperialista, anticapitalista y socialista, tan mellada por los golpes recibidos en la última década del Siglo XX.

Explica el porqué no lo han podido asesinar espiritualmente después de su muerte física, a pesar de múltiples intentos: unas veces trivializando sus ideas y acciones; otras, reconociendo su “jerarquía ética” y su “apostolado revolucionario”, pero declarándolas virtudes de otros tiempos, incompatibles con las nuevas tecnologías, con la evolución de la “democracia”, con la industrialización, con las economías emergentes basadas en el auge de la microelectrónica y la robótica, y con la supuesta obsolescencia de la lucha armada y la re-configuración de los ejércitos.

Siempre, claro está, obviando que las causas de sus múltiples rebeldías, preocupación y propuestas alternativas se han potenciado en una época en la que el capitalismo y los imperialismos se han tornado más explotadores, excluyentes, violentos, saqueadores guerrilleros y depredadores.

Ciertamente que la era neoliberal y los cambios en el patrón de acumulación y en los grados de internacionalización del capitalismo marca la entrada a nuevos tiempo, pero realmente tiempos peores de los que le tocó vivir y sufrir a la generación revolucionaria del Che.

El anticapitalismo, el antiimperialismo, el anti-burocratismo, el humanismo, el pro-socialismo de Ernesto Guevara...cobran realmente más actualidad a partir de los cambios acrecidos en el sistema imperialista mundial y a la luz de las causas del derrumbe del denominado socialismo real y la desintegración de la URSS.

Como nos dice Helio Gallardo **“se trata, obviamente, del dominio unilateral de la acumulación de capital y, por ello, de un mercado-centrismo concentrador, centralizador y a la vez precarizados y fragmentador...El mercadocentrismo es, sin discusión, una forma de imperialismo”**.

Y en cuanto al empobrecimiento-agrega-**“...una ilegitimidad internacional y transnacional de esta magnitud...podría alcanzar hasta un 80% de la población, mientras el deterioro de la habitad mundial podría remontarse, en el siglo XXI, a un 100%”**.

“De modo-subraya- que desvanecido el desencuentro este-oeste, no ha desaparecido para nada el imperialismo. Y éste (occidental, blanco, cristiano, opulento, adulto, macho y a fortiori, capitalista) castiga todavía más duro y tenazmente que antes a los empobrecidos en las economías deformes, a las culturas diferentes, a los campesinos, a las razas discriminadas, a los pueblos originarios, a las mujeres y jóvenes”.

“Es una falsa política económica-concluye- la que ignora o finge ignorar que el opulento y poderoso es el factor dominante de una relación económica-cultural que produce empobrecidos. Sin lucha revolucionaria contra la dominación no existen ni nación ni ser humano. Este es el mensaje del Che. Y tiene vigencia”. (Helio Gallardo.- Vigencia y Mito de Ernesto Guevara, págs. 13, 14, 15. Primera Edición Dominicana.- Grafi-Caribe 1997)

Para el Che el proyecto emancipador de la humanidad estaba muy por encima de cualquier método y de cualquier circunstancia o estadio del capitalismo. Y contrario a la forma reduccionista y estigmatizadora que emplearon sus detractores para presentarlo como un empecinado “guerrerrista” (al que le llegaron a poner mates de “militarista”, “foquista” y hasta de “terrorista” y de “narco-terrorista”, como ahora hacen con las FARC_EP), en lo que a métodos y vías se refiere, si bien su formulaciones dieron respuestas a realidades históricas-concretas que lo llevaron a privilegiar la vía armada, su marco conceptual y su práctica política sobre el tema carecía de toda rigidez y unilateralidad.

EL Che fue un revolucionario integral, imposible de reducir a una vertiente de la lucha o a un simple “guerrero operativo”.

El Che fue un pensador, un revolucionario que apreciaba la teoría y el conocimiento humano, y que creó teoría revolucionaria; siempre proclive a nuevas búsquedas derivadas de la prueba del acierto y del error.

El Che fue un organizador, un estadista, un luchador social, un político innovador, ajeno a todo dogma.

El Che nunca confundió el método guerrillero, o el procedimiento de la lucha armada, con el proyecto social- liberador, con la idea de la transformación mundial.

El Che teorizó sobre la violencia revolucionaria sin reducirla a la guerra popular. Y lo hizo para las condiciones de los pueblos oprimidos, especialmente para los pueblos latinos- caribeños en función de la destrucción del viejo poder, de sus instituciones, de su lógica violenta y opresiva.

Analizó el capitalismo, la oligarquía, la dependencia y el dominio imperial y oligárquico de su tiempo. Y también las condiciones sociales, económicas, culturales... de nuestras sociedades.

Privilegió la guerrilla como unidad móvil combatiente en el contexto del despliegue de la guerra de todo el pueblo, incluyendo de todas las formas de luchas legales e ilegales, abiertas y clandestinas... la concibió como la clave para configurar la conciencia colectiva de la posibilidad de la victoria armada contra un poder armado, violento, explotador y opresor.

Pero el Che asumió también la posibilidad de una victoria estratégica por vía institucional o no armada.

“Recuérdese –escribió entonces- nuestra insistencia: tránsito pacífico no es logro de poder formal en elecciones o mediante movimiento de opinión pública sin combates directos, sino la interacción de poder socialista, con todas sus atributos, sin el uso de la lucha armada”.

.....

“Es lógico-agregó- que todas las fuerzas progresistas no tengan que iniciar el camino de a revolución armada si no utilizan hasta el último minuto la posibilidad de la lucha legal dentro de las condiciones burguesas”.

Eso es precisamente lo que se está haciendo hoy en el contexto de nuevos intentos hacia transformaciones revolucionarias, en Venezuela, Ecuador y Bolivia... con potencialidades realmente diversas y limitaciones mayores o menores en uno u otro caso; como procesos iniciales que incluyen nuevos actores y sujetos político-sociales.

Y en estas situaciones, como en otras parecidas, es preciso volver al Che en lo que respecta a su concepción de poder popular y de construcción de sociedades alternativas al capitalismo.

Porque para el Che no se trataba –ni para mí se trata- solo de logros en gobiernos de inspiración e impactos populares, sino de una nueva construcción, composición, y funciones políticas de los poderes populares sociales, de toda una nueva institucionalidad y una nueva forma de participación, reproducción y dignificación social y ejercicio de poder de los pueblos.

La obra del Che está impregnada de amor hacia la humanidad. El odio en él se reduce al merecido por las minorías crueles que la dominan, empobrecen y exterminan.

La guerra en el Che está determinada por las duras condiciones del dominio imperial-oligárquico. Es una lucha impuesta, no deseada, una rebeldía basada en la autoestima y auto-dignificación popular. Una obra de amor de los pueblos por su razón de ser y por su felicidad.

Actualidad de las revoluciones y del socialismo.

La obra multifacética del Che ha conservado una enorme vigencia 40 años después de su infame fusilamiento en aquella escuelita de la Higuera e incluso casi 20 después del cataclismo político y la profunda depresión subjetiva provocada por el colapso del denominado socialismo euro-oriental.

Señal de su fuerza, su pertinencia, su raigambre en los anhelos de la humanidad. Por eso conservó vigencia y creció aun durante los años en que la revolución y el socialismo –si bien pertinentes- perdieron actualidad y Cuba –dramáticamente aislada y acosada por el imperio- era apreciada por la vocería dominante como un reducto de las revoluciones pro-socialistas del siglo XX, condenada inexorablemente al fracaso.

Señal, sobretodo, de su poder transformador frente a una realidad aun peor, signada por la abrumante campaña que promovía la idea de la ausencia de alternativas al capitalismo y presentaba como “dementes” o “ilusos” a quienes, pese a todo, sostuvimos el combate por el ideal socialista.

En verdad Marx y Engels concibieron desde la ciencia el socialismo como algo muy distinto a lo que finalmente colapsó en Europa Oriental.

Lenin habló de su carácter reversible y de la necesidad de “mucho intentos”

Y el Che, como marxista y leninista de pura esencia, abrazó la idea del socialismo como movimiento que realiza “muchos intentos” y supone una gran voluntad y capacidad de acción revolucionarias, ausencia de dogma, innovación, imaginación en los análisis y en las propuestas superadoras.

Socialismo para el Che era un nombre para la “creación heroica” de que nos habló José Carlos Mariategui. Un proceso esencialmente creativo, entendido además como camino largo y difícil, no exento de reveses e incluso de derrotas mayores.

El Che fue agudo y perspicaz crítico del devenir altamente defectuoso y precario de los procesos de orientación socialista de Europa del Este y de su entronque ventajista con las luchas libradoras y las revoluciones en el llamado tercer mundo.

Todo esto explica porqué no se inmutó la solidez conceptual y ética de la obra del Che frente a esas derrotas perturbadoras. Y es porque la misma supone al socialismo como alternativa fuerte e imprescindible frente a un orden mundial capitalista llamado a destruir a los seres humanos y a la naturaleza ¡Ahora más que nunca antes!

El Che, repito, concibió el socialismo como proceso sujeto a extraviarse de ruta y a retroceder. Y sobre todo como movilización persistente, como proceso participativo, como vía de maduración y tema de conciencia sobre las transformaciones necesarias; como movimiento creador de nuevos valores y nuevos seres humanos, como tránsito a la libertad plena y al bienestar colectivo.

El socialismo del Che recupera muchos de los valores de la trascendente revolución del pensamiento social que representaron Marx y Engels y mucha de la creatividad y capacidad innovadora, siempre apuntando al corazón del capital, de V.I Lenin.

Recupera así lo original pisoteado, dañado, olvidado.

Y es nuevo tambien en tanto se diferencia del “socialismo” que sucumbió y en tanto su concepción aporta su esencia anti-burocrática, su espíritu de búsqueda permanente, su insumisión frente al dogma, sus reflexiones sobre las realidades del capitalismo dependiente, su internacionalismo consecuente, sus valores éticos, su apego al rol de la conciencia y la voluntad transformadora, y sus agudas críticas al mercantilismo...Y aporta todo esto y más aun a las nuevas reflexiones respecto al socialismo apropiado para este Siglo XXI después de las lecciones recibidas en el Siglo XX.

Pero igual, el antiimperialismo del Che y su concepción sobre la violencia revolucionaria, su insistencia en la creación de una vanguardia revolucionaria, su visión sobre la guerra de todo el pueblo -más allá de la pertinencia actual de las vías de aproximación a los grandes cambios por los caminos de las luchas electorales y de las movilizaciones sociales- vuelven a ser referencias obligadas si se tiene presente la estrategia de guerra global de los EEUU y sus diseños de guerras de baja y alta intensidad para América Latina y el Caribe con la meta de revocar procesos de cambios, autodeterminación y reformas avanzadas en varios países y de apoderarse-vía militar- de los valiosos recursos energéticos, minerales y acuíferos de nuestra América

Pertinencia y posibilidades del tránsito a la nueva democracia y al nuevo socialismo.

En el espíritu de búsqueda del Che, procurando rescatar lo válido-original del proyecto transformador e incorporar las nuevas reflexiones relacionados sobre la manera de pensar el socialismo en estos tiempos, pongo a la disposición de este seminario estas reflexiones en parte propias y en parte colectivas.

- **Pertinencia y posibilidades.**

En nuestra América, con la propuesta socialista, con el proyecto de sociedad socialista, ha pasado lo mismo que con la revolución:

- A- Su pertinencia tiene bases reales en la existencia del capitalismo y su crisis, en la cada vez más dramática explotación, exclusión y empobrecimiento de una gran parte de la sociedad, en la degradación moral y perversión institucional que genera su dominación.
- B- Su posibilidad fue drásticamente negada por los efectos circunstanciales de la caída de la Unión Soviética y del llamado campo socialista y por el predominio temporal del “discurso único” neoliberal, que impuso en la conciencia colectiva la idea de la imposibilidad de nuevas revoluciones y nuevas alternativas al capitalismo realmente existente.

En ese periodo la crisis del capitalismo continuó y se agravó, mientras que su reestructuración dentro de las coordenadas neoliberales y los cambios tecno-científicos, ha provocado grados de concentración de la propiedad, de los ingresos, de las riquezas y del poder sin precedentes; dramáticamente contrastantes con el empobrecimiento de las sociedades y el deterioro y saqueo de sus recursos naturales.

Las penosas condiciones de exigencia de pueblos y naciones y su tendencia a agravarse y extenderse, en un sub-continente con una larga tradición de luchas sociales, democráticas y patrióticas como América Latina y el Caribe, provocó nuevas modalidades de resistencia, protesta y rebeldía desde los sujetos sociales mas golpeados, empobrecidos (o en vía de empobrecerse), súper-explotados y excluidos; aun en medio de las disgregaciones, modificaciones y fraccionamientos sociales provocados por el neoliberalismo.

La globalización neo-liberalizada generó progresivamente, paso a paso y dolor a dolor, su contrapartida socio-política transformadora en una parte de los países recolonizados de nuestra América.

Las luchas sociales se politizaron.

Las protestas fueron de más en más acompañadas de propuestas.

Y así la sociedad capitalista neoliberal creó las condiciones para que se pensara en una alternativa a ella que detuviera el genocidio y el ecocidio, y devolviera la confianza en la posibilidad de una vida digna para los pueblos.

La conciencia anti-neoliberal comenzó a crecer, a profundizarse y potenciarse al compás de la resistencia.

Y esa conciencia anti-neoliberal ha llevado en sí mismo, con fuerte tendencia a favorecer su desarrollo, la conciencia antiimperialista y anticapitalista.

El neoliberalismo es la nueva modalidad del capitalismo, su ideología actual y los resultados de su proceso de reestructuración ideológica y tecno-científica, en las últimas décadas.

Por eso la lucha contra sus efectos perversos, devela, saca a la superficie, su matriz capitalista y estimula el pensamiento y la conciencia en favor del cambio revolucionario y de un nuevo proyecto de sociedad, de una alternativa al capitalismo neoliberal; dado que no es posible separar el neoliberalismo del capitalismo y del imperialismo actual.

Por eso, además, desde hace años se comenzó a hablar de la necesidad de un proyecto anti-neoliberal o de una sociedad pos-neoliberal, que viene siendo una especie de transición a una sociedad poscapitalista.

El auge el pensamiento contestatario, ha cruzado y acompañado -cruza y acompaña- las luchas contra el orden capitalista neoliberal. ¡Acción y pensamiento combinados!

Pensamiento y acción, una veces en paralelo, otras veces uno detrás y otro delante, con desniveles y desproporciones significativas, o con avances ascendente de ambos. Y así la idea dominante de la imposibilidad de los cambios y opciones alternativas, aunque perduró muchos años, se fue debilitando; primero poco a poco y, luego, más aceleradamente.

Cierto que el golpe al ideal socialista había sido contundente.

Cierto que la defensa del socialismo quedó reducida a sectores políticamente marginales o minoritarios. Pero perduró, y eso fue de gran valor e indudable trascendencia.

Y perduró con las siguientes modalidades:

- 1- La testimonial, nostálgica del pasado, anclada en gran medida en el proyecto socialista fracasado y en la interpretación dogmática del marxismo.
- 2- La innovadora, de corte revolucionario, que implica la superación del llamado socialismo real y la renovación, recreación, y/o refundación de la propuesta socialista.

Ambas corrientes han actuado a contracorriente del discurso único neoliberal.

La primera forma parte de la crítica, del combate, de la impugnación al capitalismo neoliberal, pero no genera ni fuerza ni propuesta alternativa atractiva, creíble, convocante; menos aun contrapoder, poder desde abajo, subversión innovadora, capacidad transformadora...

Es una especie de semilla que alimenta pero no germina.

Las fuerzas tradicionales de la izquierda que la representan no vanguardizan, están incapacitadas de encarnar estrategia de ruptura del viejo orden y de creación del nuevo.

Están considerablemente limitadas para captar los cambios provocados por el nuevo capitalismo, los nuevos actores sociales, los nuevos fenómenos, las nuevas rebeldías. Más aun, están limitadas para proponer algo esencialmente diferente al “socialismo” o al “tránsito revolucionario” que fracasó.

La segunda es otra cosa y por eso ha venido convirtiéndose en la negación del capitalismo realmente existente y en la negación del “socialismo” que se derrumbó.

Se ha empeñado en pensar y actuar en función transiciones revolucionarias de nuevo tipo, en función de nuevas revoluciones populares y democracias alternativas, en procesos que unen inseparablemente la democracia participativa e integral a la nueva propuesta socialista.

Tuvo el valor de ajustar cuentas con las causas del derrumbe y/o de desarrollar un pensamiento revolucionario distante de aquellos dogmas; un conjunto de ideas y métodos heréticos, innovadores, ecuménicos, abiertos a todas las fuentes y actores capaces de contribuir a la derrota de la actual dominación.

Es una semilla que alimenta y germina, que potencia e inculca conciencia y organización a las justas rebeldías y a las luchas espontáneas, a los combates clasistas y no estrictamente clasistas de la actualidad.

Un pensamiento que se ha reproducido de lo pequeño lo grande, sin prisa pero sin pausa, hasta expandirse y multiplicarse.

Que supo captar que el pseudo-socialismo, el llamado socialismo real (más bien irreal), había desacreditado al socialismo liberador y le facilitó a los ideólogos del capitalismo neoliberal implantar temporalmente en las masas la idea de su muerte.

Y –sobre todo- que supo diferenciarse de aquel gran revés, comenzando por hablar de la posibilidad de un socialismo diferente, distante y distinto esencialmente de aquel en sus contenidos y en sus formas.

Insistió en renovar, en recrear el proyecto revolucionario, rescatando todos los valores del socialismo original que fueron pervertidos; incorporando otros aportes históricos valiosos, inspirándose en diversas fuentes y nuevas reflexiones surgidas de la crítica al capitalismo actual y de las nuevas y diversas rebeldías contra él: de clases, etnias, generaciones, géneros, defensores del ambiente, pueblos originarios...

Y esa diferenciación incluyó inteligentemente la denominación de la propuesta de nueva sociedad.

Porque en tales condiciones, hablar a secas del socialismo no resolvía el problema de la credibilidad popular respecto a la nueva propuesta. Lo ingenioso en materia propaganda y comunicación fue distanciarse de lo que fracasó, porque ello facilitó -y facilita- cambiar favorablemente la percepción popular sobre las posibilidades del socialismo.

El nombre necesitaba de un sello diferenciador respecto al llamado socialismo real y a la socialdemocracia. Y entonces comenzó a hablarse de nuevo socialismo y del socialismo del siglo XXI o para el siglo XXI.

El honor a la verdad esto no fue un invento del comandante Chávez, ni es de factura estrictamente venezolana.

De todo esto, tanto en cuanto nuevos contenidos y a nuevas formas, viene hablándose desde que comenzaron a analizarse las causas del derrumbe aquel, e incluso desde antes de esos acontecimientos.

Son innumerables los seminarios, foros, publicaciones, ensayos, libros que han abordado de esa manera los nuevos desafíos para las fuerzas del cambio.

El gran mérito de Chávez en ese aspecto, después de contribuir extraordinariamente a recobrar la confianza en la posibilidad de nuevas revoluciones, es haber hecho suya la propuesta general del nuevo socialismo, del socialismo del siglo XXI, proyectándola a escala continental y mundial, ampliando extraordinariamente el debate en torno a ella, y generando más y mejores ideas...A eso ayudó haberla lanzado sin una camisa de fuerza, abierta a la discusión.

- **Tránsito al socialismo.**

Una cosa es el tránsito al socialismo y otra el socialismo como modo de producción y distribución, sistema político, instituciones, cultura y transformación de los seres humanos.

El tránsito es el proceso que conduce a esa meta y se diferencia de ella en que contiene no pocos elementos del pasado capitalista y precapitalista, especialmente en los países de capitalismo medio o bajo, o de capitalismo dependiente y tardío, como le llaman algunos autores.

Una cosa trae a la otra: permite avanzar progresivamente en una determinada dirección.

La socialización de la economía, la democratización y la progresiva extinción el poder estatal, la renovación cultural a tono con la nueva hegemonía... los cambios necesarios en la conciencia individual y colectiva, no pueden darse en actos instantáneos o de corta duración. Es más bien una orientación y una práctica transformadora de mediano y largo plazo.

Y esto es una verdad mayor en el caso de países de capitalismo atrasado y dependiente, sometido durante años, por demás, a la recolonización neoliberal y a sus efectos, acompañada muchas veces de fuertes o débiles herencias precapitalistas.

Se trata no solo de un proceso transformador, cuya velocidad, profundidad y extensión, varía por países en función de los obstáculos a vencer, de las trabas a superar y de la correlación entre las fuerzas del cambio revolucionario y las fuerzas contrarrevolucionarias internas y externas; si no también de un proceso multifacético e integral.

El capitalismo en general, y el latinoamericano-caribeño por igual, no es solo un modo de producción, sino sobre todo un sistema de dominación integral, que incluye otras esferas de la economía e importantes vertientes sociales, jurídicas-políticas, institucionales, militares, ideológicas, culturales...

Si en la economía es inviable una socialización instantánea, también lo es en los demás aspectos de la vida en sociedad.

Los cambios de una formación económica-social, política y cultural a otra, de un sistema a otro, enfrentan altos grados y variadas formas de resistencia, requieren de transformaciones profundas, exigen procesos y niveles de conciencia, demandan nuevas formas organizativas,

nuevos métodos de gestión y participación, nuevas bases constitucionales, leyes, cambio de mentalidad...que tardan en lograrse.

Por eso, cuando nos referimos a las alternativas al capitalismo, procede hablar del **tránsito** hacia una sociedad poscapitalista, que históricamente ha sido conocida como sociedad socialista o socialismo. Palabra clave para reflejar en la denominación el carácter procesal de la transformación, evitando así etiquetar con el nombre de socialismo lo que es un proceso hacia él, cargado de herencias, trabas y limitaciones a superar; descartando además mitificar la realidad y cargarle al socialismo los problemas y limitaciones del difícil y complejo tránsito hacia él.

En nuestra América esta clarísimo que los primeros propósitos de esa transición al socialismo consisten en dismantelar el modelo neoliberal que nos han impuesto y avanzar hacia la sociedad pos-neoliberal, socializando, parcialmente o completamente, determinadas vertientes estratégicas, tanto en lo económico y social como en lo político y lo cultural.

- **Neoliberalismo y posneoliberalismo**

En primer lugar,- tomando como referencia las valiosas reflexiones que sobre este tema ha planteado el intelectual y actual vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Lineras- el neoliberalismo ha implicado la disgregación y fragmentación, de las redes y organizaciones sociales de apoyo, solidaridad y movilización de los pueblos. Y es preciso reconstruir esas redes y movimientos, teniendo presentes las transformaciones irreversibles operadas en viejos sujetos sociales y la aparición de nuevo actores.

En segundo lugar, el neoliberalismo se ha consolidado, privatizando todos, o gran parte, de los recursos públicos; transfiriendo al capital privado las riquezas colectivas (empresas del Estado, servicios públicos, fondos pensiones, puertos, aeropuertos, carreteras, tierra, boques, playas, minerales, agua...).

Esto exige desprivatizar la riqueza colectiva, devolviéndosela a sus verdaderos dueños.

Esto equivale concretamente a desprivatizar para socializar esos recursos, cuidándonos de no volver al estatismo burocrático, centralista, corruptor y corrompido, que le sirvió de pretextos a las privatizaciones y se convirtió en una de las causas fundamentales del fracaso del “socialismo real”.

Esta desprivatización, en dirección a la socialización, implica un alto grado re-nacionalización, recuperación de soberanía y autodeterminación, en la medida las privatizaciones han favorecido sobre todo al capital extranjero-transnacional.

En tercer lugar, el imperialismo se impuso achicando las funciones económicas y sociales del Estado, no así la represiva ni las que sirven de apoyo al gran capital privado.

Y esto demanda potenciar y reposicionar el Estado, porque solo con un Estado fuerte podemos presionar, negociar y obtener logros en un contexto internacional adverso, hegemonizado por los partidarios de la globalización y la recolonización neoliberal. Un estado fuerte en lo económico, fuerte en lo cultural, fuerte en lo militar –aliado a otros estados similares- le ofrece a los movimientos sociales y a las fuerzas del cambio revolucionario un escudo de protección.

Hablamos de reforzar el Estado, pero no en el sentido del viejo capitalismo de Estado o del fracasado y mal llamado “socialismo de Estado”.

Hablamos de potenciar y reposicionar un Estado permanentemente controlado y atravesado por la dinámica, las luchas e iniciativas de los movimientos sociales y de las fuerzas políticas revolucionarias, que deben mantener su autonomía, capacidad de presión y poder de decisión; evitando que éste se convierta en presa de los viejos y nuevos empresarios y de las nuevas modalidades de privatización.

En cuanto lugar, el neoliberalismo se ha implantado, desplegado y consolidado, expropiando la participación del pueblo, comercializando y privatizando la política y sus instrumentos (partidos, instituciones), reduciendo la democracia al acto ritual de depositar el voto cada cuatro, cinco o seis años; secuestrando las decisiones, arrebatándosela al votante, corrompiendo, posibilitando que un puñado de magnates y las corrompidas elites de los partidos tradicionales, subordinadas al imperialismo, se roben la representación del pueblo y actúen por él.

Este aspecto, vinculado a todos los demás de manera sobresaliente (dado el peso del poder político-gubernamental-estatal), nos emplaza a combatir el neoliberalismo desplegando y potenciando múltiples maneras y formas de democracia, innovando en materia de participación del pueblo, control social, congestión y autogestión en todas las órdenes, exigiendo e imponiendo participación en las decisiones, en todo lo que sucede en el país, desde la inversión en los municipios, presupuestos de alcaldías, presupuestos de empresas y de gobierno, hasta las firmas de convenios internacionales, programas de cooperación, contratos empresariales y política exterior.

Esto implica nueva democracia, democracia participativa e integral, combinación de representación y democracia directa, despliegue de la democracia de base en barrios, campos, zonas obreras, empresas, escuelas, universidades, clubes culturales, sistemas de salud, educación, deportes...

Y requiere de la creación del poder constituyente autónomo, de sucesivos procesos constituyentes que cambien las bases jurídicas sustantivas y abran paso a la nueva institucionalidad.

Una línea programática y de acción de ese tipo permite desmontar el modelo neoliberal y posibilita el avance de la socialización progresiva, en función de prioridades, necesidades y posibilidades reales. Significa a la vez un gran avance del proceso de transición al socialismo, que requiere, claro está, de otras innovaciones, creaciones y transformaciones en todos los órdenes.

Esto tiende a consolidar progresivamente la sociedad post-neoliberal, creando las premisas para una socialización y un desarrollo de más alto vuelo de la economía, la política y la cultura.

Su dinámica ascendente no podría prescindir de una adecuada separación, complementación y armonía entre los movimientos sociales y demás fuerzas del cambio revolucionario (incluida la nueva vanguardia), de una parte, y el nuevo Estado que se vaya configurando, de la otra.

Como el Estado es por sí centralizador de decisiones, se requiere de la autonomía de los movimientos sociales y las fuerzas político-sociales transformadoras que por definición implican expansión y descentralización de las decisiones.

El Estado concentrador, el Estado como poder que se separa de la sociedad, debe ser contrarrestado por las fuerzas que representan socialización de las decisiones, democracia verdadera, contrapoder capaz de posibilitar el avance de la sociedad hacia el no poder.

Esa tensión, esa contradicción, habrá de estar presente en todo el proceso de consolidación de la sociedad post-neoliberal, en todo el curso de la transición al socialismo, e incluso una vez consolidado el socialismo. Solo habrá de desaparecer cuando se logre extinguir el Estado y crear una sociedad basada en la asociación de seres humanos plenamente libres, intensamente solidarios y emancipados de toda coerción y todo miedo. Seres humanos realmente nuevos, liberados de egoísmos, de individualismos infecundos y socialmente destructivos.

La ética que debe conducir a esa suprema meta estratégica debe estar siempre presente.

- **Más transformaciones dentro de la transición al socialismo.**

Antes de llegar allá, claro está, queda por recorrer un largo camino de transformaciones en esa dirección, cambios y realizaciones que pasan por completar la transición hasta consolidar y desarrollar el proyecto socialista más haya del desmonte del modelo neoliberal y el avance del pos-neoliberalismo.

Ya tratamos lo relativo a una parte y a determinados componentes de esa transición vinculados a decisiones de gobierno y de poder, de nuevos gobiernos y nuevos poderes y contrapoderes.

Pero como dijimos que la socialización progresiva debe superar en todo los planos el capitalismo dependiente realmente existente, esto entrañaría más cambios trascendentes en diferentes esferas y vertientes, tales como:

En la fuerza conductora o vanguardia del proceso revolucionario. En este tema el retraso, en relación con el auge de las luchas y con la fuerza de la ola de cambios, es realmente dramático y sumamente preocupante; al punto que demás en más se constituye en una especie de talón de Aquiles de los procesos venezolano, ecuatoriano y boliviano y de casi todos aquellos escenarios donde madura el viraje hacia la izquierda con perspectivas revolucionarias

En las relaciones de propiedad.

En la distribución del ingreso nacional.

En las modalidades de gestión de las empresas, entidades e instituciones públicas.

En las características del mercado y de la economía.

En los procesos de integración –cooperación con otras economías de la región, procurando mas poder para contrarrestar la globalización neoliberal y la integración subordinada a EEUU.

En las prioridades de inversión en función de la felicidad de los seres humanos.

En la relación seres humanos- naturaleza.

En la relación de poder entre los géneros y en la familia.

En la relación entre adultos, jóvenes y niños.

En el tema étnico-racial y sus articulaciones con el poder.

En el vínculo entre lo civil y lo militar, las Fuerzas Armadas, las Policías, los aparatos de seguridad y la sociedad civil.

En la ética política.

En las conciencias y valores que mueven los seres humanos.

En el poder de información y comunicación.

En la concepción de desarrollo.

En el tratamiento del patrimonio histórico, cultural y científico.

En las relaciones internacionales.

En las bases constitucionales del sistema jurídico-político.

En los valores de la democracia y el tipo de democracia.

En la concepción sobre los derechos humanos.

En el tratamiento de la sexualidad.

En el vínculo entre Estado y sociedad civil, Estado y movimientos sociales, Estado y organizaciones políticas o político-sociales.

En el ejercicio del sufragio.

En los sistemas de administración del Estado y sus instituciones.

En el concepto ciudadanía y los derechos ciudadanos.

Y todo esto, lógicamente, necesita ser desglosado.

- **Prioridades y exclusiones en algunas propuestas de transición.**

Hay quienes en relación con la socialización de la economía priorizan dos aspectos muy importantes dentro de su propuesta, de por sí socializante, de democracia participativa:

1) Reemplazar la economía de mercado por la economía del valor; esto es, librar a la sociedad de la dictadura de los precios, montando un sistema en que el trabajo socialmente necesario para crear productos y servicios, pueda ser medido e intercambiado, generando una economía de equivalencias.

2) Garantizar una justa distribución del ingreso nacional, creando un sistema impositivo que revierta hacia la sociedad gran parte del excedente, de las ganancias de las empresas de propiedad privada, de los fondos públicos, y de las concesiones y áreas contratadas que resultan de las negociaciones con el gran capital.

Desde esa visión el énfasis respecto a las expropiaciones-nacionalizaciones, a la socialización de la propiedad privada, no aparece.

Entre los que así plantean las cosas se encuentra Heinz Dieterich, un destacado precursor de la idea de un nuevo socialismo para el siglo XXI, que en ese orden, acompañado de otros pensadores, ha ofrecido valiosos aportes científicos y detalles consistentes para su

implementación. También el talentoso latinoamericanista soviético y entrañable amigo Kiva Maidanik(a quien dedico esta ponencia), fallecido recientemente.

Creo sinceramente que Dieterich y su escuela han contribuido significativamente a la renovación del pensamiento revolucionario y a la actualización y recreación del proyecto socialista.

Pienso también que a esa propuesta de transición al nuevo socialismo deben incorporarse con rigor y fuerza las desprivatizaciones, nacionalizaciones, expropiaciones y confiscaciones, en dirección a la socialización progresiva de la propiedad sobre los medios de producción, distribución comunicación y servicios básicos.

Porque la propiedad privada sobre esos grandes medios entraña poder y es una de las características esenciales del capitalismo, más aun del capitalismo neoliberal. Y porque ella en sí es un obstáculo enorme para desarrollar una economía de equivalencias.

- **Socialización progresiva e integral de la economía.**

Sin embargo, la desprivatización, la modificación de las relaciones de propiedad que estoy planteando, no equivale a la ya fracasada estatización, menos aun a la estatización generalizada.

Los cambios en las relaciones de propiedad capitalista, la conversión de la gran propiedad privada en propiedad social, precisan de cierto rigor y gradualidad, lo que en el proceso de transición incluye su coexistencia con otras formas de propiedad privada, mixta e individual.

Deben medirse bien la prioridad, pertinencia, modalidad y necesidad de cada paso y en cada caso de expropiación- confiscación- nacionalización, contemplando las reales posibilidades de realización exitosa, teniendo bien presente su carácter estratégico o no, su relación con la seguridad del país y con la soberanía, su tecnología y su relación con la economía de escala.

Si progresiva debe ser la socialización en todos los órdenes, lo es también en el campo decisivo de la propiedad.

En el proceso de transición es necesario combinar diversas formas de propiedad en función de todos esos factores. Y para evitar traumas sociales de envergadura y resistencias innecesarias, el proceso de socialización o colectivización de la pequeña y mediana propiedad debe ser voluntario y a través de formas asociativas respaldadas por el Estado.

Al latifundio hay que romperle el espinazo y erradicarlo, estableciendo topes en la tenencia de tierra según la categoría de los terrenos.

Esto es válido tanto en sus modalidades de explotación precapitalista como de capitalismo atrasado y explotación extensiva.

Esta es la única manera de solucionar el drama del minifundio improductivo y de los (as) campesinos sin tierra, privilegiando a al vez las formas de propiedad social y de trabajo colectivo (cooperativas, proyectos colectivos y otras modalidades asociativas); estableciendo mecanismos de financiamiento y asistencia que privilegien las áreas articuladas a la reforma agraria.

Las inversiones extranjeras no son “persé” dañinas ni totalmente recusables, sino que algunas pueden ser reguladas o entrar en el área de la propiedad mixta, o a determinadas formas contractuales de mutuo beneficio. Igual a las concesiones de explotación, operación y/o comercialización que no afecten la soberanía sobre la propiedad.

En ese terreno no hay receta rígida, sino una orientación general hacia el predominio de lo social.

Esto también tiene una relación directa con el destino del excedente, con los impuestos sobre los beneficios y la relación entre la apropiación por minorías de las ganancias de las empresas privadas y el destino de una parte significativa de ellas para el bienestar colectivo, tanto de los (as) trabajadores (as) de las empresas, como de la sociedad en general.

La transición al socialismo debe poner en el centro de su mira el ser humano, su bienestar, su felicidad, a través de una combinación de medidas. Y esto requiere de un estado altamente distribuidor, en términos justos y equitativos, del ingreso nacional, por la vía de un sistema fiscal que penalice las grandes ganancias y riquezas privadas y mediante un presupuesto nacional que eleve constantemente en el gasto social.

Requiere también, junto a las empresas públicas de carácter estratégico, de empresas de propiedad social, ya sea municipal, cooperativa, asociativa, mixtas, interestatales, regidas por sistemas de autogestión y cogestión.

El tipo de administración, las características de la gestión empresarial, las formas de escogencia de lo gerentes y ejecutivos técnicos, no están de ninguna manera desvinculadas de la socialización y de sus esencias democráticas. La participación de los colectivos laborales y de la sociedad en las decisiones y en la fiscalización de sus procesos es consustancial a la intención de socializar de verdad los medios de producción, distribución y servicios públicos.

Igual el diseño de presupuestos, el control sobre su ejecución y el acceso a los estados financieros de empresas, entidades autónomas del Estado y propiedades de conglomerados sociales.

El estatismo, la propiedad pública, sin autogestión de las comunidades laborales o sin cogestión entre administradores, gerentes y comunidades laborales, deviene en estatismo burocrático, donde excedentes y patrimonios están sujetos exclusivamente a la voluntad de la burocracia y la tecnocracia y, por tanto, a la dilapidación, a los privilegios y a la corrupción.

El mejor antídoto a esos males, lo que convierte definitivamente la propiedad estatal en propiedad social, es la participación de los (as) trabajadores (as) en la gestión, el control de los colectivos laborales sobre las administraciones, su participación en la distribución del excedente, el destino de la inversión empresarial y social, la designación de los administradores y directivos por concurso, el acceso a los estados financieros, la elaboración de sus presupuestos con su participación y la de las comunidades vinculadas a través de los mecanismos de control moral creados a nivel institucional.

Otro capítulo trascendente es todo lo relativo a las regulaciones del mercado, al comercio exterior y a la progresiva transformación de la economía de mercado en economía de valor y equivalencias.

La competencia no debe ser ilimitada, ni en las relaciones internas de mercado ni el vínculo con el mercado internacional.

Hay sectores que deben ser estimulados por la vía de la relación entre costos y precios, con el respaldo estatal-gubernamental.

Hay sectores productivos y/o consumidores que necesitan ser protegidos y asistidos para su adecuada rentabilidad en un caso y para elevar su capacidad de compra en el otro.

Los sistemas de control de precios, de almacenamientos, de impuestos y aranceles, deben ser palancas de intervención y regulación en procura del desarrollo de las fuerzas productoras nacionales, del intercambio justo y la justicia social.

El impulso en grande para avanzar hacia una economía del valor y equivalencias, en la que las horas de trabajo invertida en la producción de bienes y servicios, sea el factor determinante en el intercambio, adquiere un valor estratégico en el proceso de socialización; muy superior a las necesarias regulaciones temporales del mercado. En ese orden existen valiosas investigaciones aplicables en este tipo de transiciones revolucionarias.

- **Más allá de lo estrictamente económico: democracia real.**

El socialismo, claro está, no es solo economía: Y por eso lo trascendente de la democracia participativa e integral, sustentada en nuevos sistemas constitucionales, creados y desarrollados por la vía de la participación popular, de procesos y poderes constituyentes autónomos, capaces de superar las “democracias” estrictamente electorales, representativas, liberales y neoliberales.

La transición al socialismo es a la vez una transición hacia una nueva democracia, hacia una democracia real, verdadera, en la que el poder del sufragio se traduzca en ejercicio cotidiano y creación constantes de múltiples maneras de democracia directa, de participación y control ciudadano sobre las estructuras electas.

Que apoyándose en las garantías, normas y principios constitucionales incorpore el respeto en el ejercicio gubernamental y la gestión económica-social todas las generaciones de derechos humanos (individuales, políticos, sexuales, sociales, medioambientales...).

Que posibilite y promueva la abolición de todas las formas de dominación, de todas las relaciones de poder basadas en la discriminación, la opresión y la injusticia.

Que abra las compuertas a la equidad entre los géneros y deje atrás aceleradamente la sociedad patriarcal; que tire por la borda el patriarcado junto al capitalismo neoliberal.

La transición al socialismo y los programas de desarrollo integral son inseparables de la adopción de políticas y planes que reformulen profundamente la relación seres humanos naturaleza, deteniendo la depredación, la desertificación, la contaminación, el empobrecimiento de la naturaleza y la injusta y bárbara distribución de la misma que le asigna las partes más empobrecidas y riesgosa a los (as) más pobres.

La naturaleza y el ambiente son un patrimonio social de las presentes y futuras generaciones y no debe estar sujeta al afán de lucro, al exclusivo interés de la ganancia privada, irresponsable socialmente.

La regulación de ese trascendente capítulo, que incluye la exclusión de la propiedad capitalista sobre los recursos naturales estratégicos, además de normas preservadoras y de contención de su afectación desde la empresa privada, social y del Estado, es algo irrenunciable para detener y revertir todo lo que en ese plano atente contra la vida.

Todo lo que daña la naturaleza, daña a los seres humanos del presente y del futuro. Impedirlo y revertirlo es de alto interés social, palanca clave para un tránsito revolucionario que procure salvar la humanidad de la crisis de existencia impuesta por el gran capital privado y la globalización de sus espurios intereses.

La opresión de clase esta atravesada y potenciada por otras variantes de opresión-discriminación-subordinación, entre ellas por el poder de los adultos contra los niños (as) y los jóvenes. Y ella a su vez la atraviesa a todas.

La sociedad en crisis que nos proponemos reemplazar, no es solo capitalista-dependiente, sino además de patriarcal (machista), adulto-céntrica, estructurada por imponer el reino, los intereses, las ideas y privilegios a favor de los adultos.

Ni el tema del ambiente y la naturaleza, ni el patriarcado, ni la abusiva hegemonía de los adultos, pasaron a ser preocupaciones fundamentales del tránsito que en Europa Oriental-y no solo- devino en el socialismo irreal. El capitalismo ha potenciado todas esas variantes de la opresión de unos seres humanos sobre otros. La nueva democracia, el un nuevo socialismo y el tránsito hacia él, para plasmar en cadena un proceso integralmente liberador, tienen que asumir con toda seriedad la derrota y la superación definitiva de esas formas de opresión y dominación funcionales al sistema capitalista.

El tránsito al socialismo, en consecuencia, debe incorporar como protagonista de primera línea a la juventud y sus anhelos, facilitando su conversión en sujeto político-social transformador. Algo también obligatorio para el movimiento emancipador de las mujeres y para los movimientos sociales abanderados de la emancipación de las etnias y nacionalidades históricamente oprimidas y discriminadas.

El tema étnico-racial, como el de las nacionalidades subordinadas, especialmente el de los pueblos originarios de nuestra América, debe ocupar un lugar relevante en el tránsito necesario y difícil que proponemos. Igual los derechos de los pueblos emigrantes dentro las metrópolis re-colonizadoras.

En todas esas vertientes hay un enorme potencial de las fuerzas del trabajo explotadas y excluidas por el gran capital y también culturas de inmenso valor para las nuevas formas de socialización.

En no pocos casos el nuevo socialismo deberá ser indo-americano y/o multiétnico y multinacional, o no será socialismo.

En la consolidación y permanencia de todas las modalidades de opresión han estado siempre las fuerzas armadas, las policías y los aparatos de seguridad del viejo orden en crisis; acompañadas casi siempre de la presencia de tropas extranjeras (particularmente de EU), asesores militares al servicio de la dependencia y la recolonización, bases y tratados militares funcionales a las estrategias militares imperialistas.

El cambio de la correlación en el terreno militar es imprescindible para garantizar el éxito de la nueva transición revolucionaria, ya sea por la vía del re-posicionamiento (en el sentido de esos cambios, del anti-neoliberalismo, del antiimperialismo...) de una parte importante de la fuerzas armadas regulares, ya por el desarrollo de poder armado y la capacidad disuasiva desde el campo popular, o por la combinación de ambos factores en dirección a recrear el poder militar en función de los intereses populares y nacionales.

Todo esto pasa por el cambio de mentalidad de una parte importante de nuestros soldados y policías, por el incremento de la capacidad insurgente del pueblo civil, por la alianza entre pueblo uniformado y pueblo no uniformado y, en fin, por el desarrollo político-militar de las fuerzas transformadoras junto al crecimiento de la conciencia nacional-popular entre civiles y militares.

Respecto a la presencia militar directa de los EEUU y sus aliados, es imperioso potenciar la lucha por la salida de sus bases y unidades militares de nuestros territorios y ampliar durante la transición el poder político-militar de las fuerzas transformadoras, para elevar a niveles insostenibles los costos de las nuevas invasiones militares extranjeras y las guerras de agresión de carácter contrarrevolucionario.

El tránsito debe apuntar, contrario a todo lo que nos ha tocado vivir y sufrir, a la refundación del poder militar sobre la base de una combinación de las nuevas fuerzas armadas regulares con el pueblo armado.

Y esas nuevas fuerzas armadas deben reconstituirse sobre la base de nuevos principios: beligerancia política (aunque no partidismo), hermandad con el pueblo, participación en la transformaciones y en los planes de desarrollo, derechos ciudadanos igualados a los de los civiles, no subordinación ni de los civiles a los militares ni viceversa; doctrina de seguridad propia, autonomía respecto a las políticas imperiales; lineamientos propios para enfrentar el problema de las drogas, el narcotráfico y la delincuencia de todo tipo...

La defensa y la seguridad nacional jamás deben separarse de la soberanía nacional y popular, de la justicia y la equidad social, del desarrollo integral de nuestros pueblos y naciones.

Salud y educación gratuita a todos los niveles, incremento de la capacidad y de las fuerzas productivas, seguridad alimenticia con cobertura total, saneamiento del ambiente y recuperación ecológica, superación de todas las opresiones y discriminaciones, deben ser prioridades inexcusables de la política de inversión del Estado y del programa transformador.

El desarrollo de las ciencias y las técnicas, el impulso a las tecnologías sintonizadas con nuestro peculiaridades nacionales, la adecuación a ellas de las tecnologías transferidas desde el exterior, deben tener por meta el bienestar colectivo, la defensa de la naturaleza y del ambiente, el crecimiento material y espiritual de lo seres humanos. Esto exige distanciarnos progresivamente de los modelos tecnológicos destructivos, del industrialismo capitalista depredador y de la generación de empleos y excedentes vía de explotación y sobre-explotación de los seres humanos.

Si la información veraz, la conciencia en torno a principios y valores diferentes a los hasta hoy predominantes, están inseparablemente ligadas a este tránsito, la revolución en los sistemas de comunicación, educación y formación de nuestros pueblos, resulta imprescindible.

Esto toca –aunque no exclusivamente- la propiedad de los medios de comunicación sensiblemente oligopolizados y monopolizados por las fuerzas del gran capital.

La democratización y la socialización tienen que incursionar en esa área, cuya tenencia y gestión deberán ser modificadas para favorecer la democracia participativa e integral y el tránsito al socialismo.

El proceso de la clientelización de la ciudadanía y de toda la sociedad debe ser derrotado y revertido.

Las mentes de nuestras compatriotas deben ser liberadas de toda manipulación.

Las libertades individuales y colectivas deben ser tan amplias y diversas como lo demanda la creación de una democracia plena.

Sus únicos límites deben ser todo lo que dañe su propia vida y la de otros seres humanos, la naturaleza, al ambiente, la sociedad en su conjunto; lo que implique apropiarse de los bienes colectivos, de los bienes individuales ajenos y del producto del trabajo y la creación de los (as) demás...

Esto incluye, sin regateo de ninguna especie, la libertad de opción sexual, los derechos de mujer sobre su cuerpo, el combate y la superación de los tabúes y prejuicios en materia de sexualidad y amor.

El sufragio debe ser liberado del oro corruptor y de los condicionamientos del poder, superando el clientelismo, la promoción del miedo y todas las trabas y consecuencias impuestas por el liberalismo y el neoliberalismo.

La participación, la democracia directa, los presupuestos participativos, el libre acceso a los estados financieros de las instituciones públicas y privadas, los mecanismos de control social y moral, pueden ser convertidos en antídotos de la corrupción y el tráfico de influencias, que implican robo a la sociedad

Proceso continental y mundial.

El tránsito a un nuevo socialismo puede tener como primer escenario las fronteras nacionales de un país o grupo de países.

En Cuba, tiene casi medio siglo de vigencia una revolución de orientación socialista, con un modelo de tránsito predominantemente estatista, remendado parcialmente con el área dólar y las inversiones extranjeras en turismo después del inicio del llamado periodo especial.

En Cuba la revolución es un hecho desde hace muchos años. El carácter anticapitalista del proceso es factor dominante y lo que está en juego en la actualidad para las fuerzas revolucionarias en este país es el tipo de modelo más apropiado para crear más socialismo a la luz de las exigencias de este nuevo siglo y de la tendencia al agotamiento del modelo vigente.

Cuba resistió los efectos demoledores del colapso del "socialismo irreal" y de la desintegración de la URSS, hasta que su revolución empalmó con un nuevo auge revolucionario continental y con un periodo en el que se plantea con mucha razón la necesidad de un socialismo diferente, nuevo, a tono con las experiencias acumuladas al inicio de este Siglo XXI. Y esa confluencia en el tiempo –y a tiempo- le imprime una mayor subjetividad al proceso y eleva la mística continental a favor de los nuevos cambios.

En nuestra América, situada Venezuela a la vanguardia de esas nuevas transformaciones, se registran -con grados y niveles variados- procesos de reformas sociales y políticas avanzadas y procesos de autodeterminación, que en caso de profundizarse hasta cambiar sustancialmente la relación de poder a favor de los pueblos y en detrimento de las oligarquías y el dominio imperial, bien podría devenir en verdaderas revoluciones.

Ecuador y Bolivia marcan pasos en dirección a ese tipo de reformas, mientras en Nicaragua retoma el gobierno el FSLN y en otros países, aunque con límites y trabas mayores, se han producido

variaciones políticas que no resultan del agrado de los halcones de Washington y las derechas tradicionales.

La crisis de gobernabilidad, el auge de las luchas sociales y el viraje electoral hacia las izquierdas y el fortalecimiento de ciertas variantes de la insurgencia popular, asoma indistintamente en Colombia, Perú y México.

En Colombia se combinan todos esos factores, mientras el régimen imperante refuerza su carácter narco-paramilitar a nombre de la democracia y se presta a jugar el papel de plataforma e instrumento de la intervención militar estadounidense contra los demás países del Norte de Suramérica, centro de la oleada de los nuevos cambios.

El orden neoliberal declina bajo la resistencia social convertida en ofensiva política.

Estamos, pues, ante la posibilidad de nuevas alternativas al neoliberalismo que podrían favorecer nuevos tránsitos al socialismo, y ante el anuncio de otros procesos soberanos inspirados en ese ideal debidamente renovado; asumidos también como proyectos por fuerzas insurgentes y no insurgentes en otros países, donde si bien no se han registrado cambios de gobierno en esa dirección, el proceso de acumulación de fuerzas es sumamente promisorio.

Esos procesos pueden avanzar más o menos aceleradamente en sus respectivos escenarios nacionales. Pero para que eso sea posible tendrán un papel decisivo los procesos de conformación de las nuevas vanguardias unitarias todavía pendientes de concretar, tantas veces reclamadas por el Che.

Pero es claro ya –y esto es muy positivo- que la ola de cambios no se está expresando simplemente como tendencia al tránsito al socialismo en un solo país. Y que por demás, entre los países en trance de revolución, esta incluida Venezuela con sus grandes potencialidades de desarrollo como nación.

Y es todavía más alentador, que las fronteras bolivarianas y el despliegue de las nuevas transformaciones apuntan en dirección de la liberación de la Patria Grande, dado que de más en más se está pensando en términos continentales, en nuevas independencias, nuevas democracias y nuevos socialismos a escala latinoamericana-caribeña

Alentador y trascendente porque un soberanía pequeña o mediana, una revolución liberadora, que se sume y articule a otras, darían progresivamente como resultado una soberanía mayor y un tránsito revolucionario con mayores alcances y posibilidades de éxito, con más potencia emancipadora.

No olvidemos que el capitalismo es un sistema mundial, además de un orden de dominación integral (económica, social, política, militar, ideológica-cultural).

No olvidemos el poder del capital altamente concentrado sobre las fuerzas productivas, el sistema financiero, el mercado mundial, el comercio mundial, las fuerzas armadas regulares, los medios masivos de comunicación, el modo de vida, la naturaleza... a escala planetaria

Ese poder mundial incluye el poder continental, la estrategia de dominación continental de los EEUU y de otras potencias capitalistas, las fuerzas gubernamentales e instituciones subordinadas y funcionales a ellas, los poderes oligárquicos tutelados por el imperialismo, los sistemas políticos y las estructuras dependientes.

Por eso, el despliegue del tránsito al socialismo y el socialismo en su plenitud, son impensables sin una dimensión internacional, sin avances sostenidos sobre esa dominación mundial. Y esto, en nuestro caso, comienza por lo continental.

Mientras los cambios en marcha trasciendan en mayor grado las fronteras de un país o de un grupo limitado de países, más posibilidades tendrán el tránsito al socialismo y el socialismo como tal, y más profundos y creadores pueden resultar esos procesos emancipadores.

Los límites nacionales le facilitan al imperialismo contenerlos, afectarlos, bloquearlos, estancarlos...Igual los agudos déficit en la conformación y articulación de las nuevas vanguardias colectivas.

El tránsito al socialismo –como hemos subrayado en otros trabajos- implica transformaciones de largo aliento, que solo restándole progresiva e ininterrumpidamente fuerzas productivas, espacios territoriales, mercados, instituciones, empresas, poder político, reservas naturales y científicas, y poderío militar al capitalismo y al imperialismo actual, se podría llevar a feliz término hasta lograr la plena socialización y la extinción de los Estados como medios de coerción.

Y esa no es meta alcanzable desde un país o grupo de países, sino desde un proceso continental y mundial, repleto de latinoamericanismo, antillanismo e internacionalismo revolucionario. Nada uniforme. Suma de diversidades de múltiples actores de las transformaciones constituidas en vanguardias políticas y en sujetos sociales de las revoluciones necesarias.

Continental, como suma articulada y cooperante de las multi- raciales naciones caribeñas- latinoamericanas.

Mundial, como producto de la victoria planetaria del trabajo sobre el gran capital racista, xenófobo, machista, adulto-céntrico y ecocida; como sistema integrado de transiciones socialistas variadas hacia la socialización plena.

Y es esa dimensión continental e internacional del tránsito revolucionario al socialismo, lo único que posibilitaría el proceso de extinción de los aparatos estatales, la autogestión en todas las vertientes, la asociación libre de seres humanos libres, y la plenitud del socialismo camino al comunismo, como máxima expresión del no poder y la no dominación de uno seres humanos sobre otros.

La existencia de otros Estados bajo control capitalista, de corporaciones transnacionales, de ejércitos transnacionales, de guerras de conquista, de monopolios, oligopolios y mercados bajo su dominio, impide el despliegue del socialismo en toda su extensión y profundidad, y afecta la velocidad y profundidad de los procesos de tránsito hacia él.

De ahí el valor del nuevo internacionalismo como contrapartida de la globalización capitalista, la importancia de la unidad de las fuerzas del cambio en el contexto de una estrategia de ruptura y creación de todos los actores comprometidos con los valores de la nueva independencia, la nueva democracia y del nuevo socialismo.

La presencia estimulante de los grandes valores del Che.

Por eso no es peregrino afirmar que asumiendo lo esencial de la conducta y obra de Ernesto Guevara, retomando su rebeldía, su espíritu innovador, su valor, su apertura de mente, su amor por la humanidad, su modestia y desprendimiento personal, su postura antidogmática... es posible contribuir a revolucionar las izquierdas, restaurar la confianza y credibilidad en su

accionar y darle nuevos vuelos a su quehacer revolucionario en un contexto en que todos los males que motivaron las luchas del Che y todas las exigencias que ellas demandan están agigantados, multiplicados y acompañados de nuevos riesgos y nuevos problemas.

Porque el Che es síntesis de ciencia y mito en una dimensión imposible de manipular por los anti-valores que norman el mundo actual y que deformaron los pasados intentos por transformarlo. Pero siempre posible de enriquecer por los continuadores/as de su obra.

Porque el Che se destaca entre los muertos que no mueren y es de los que deben acompañarnos hasta la victoria, siempre, para que el socialismo tenga futuro.

Al Che le ha tocado trascender su vida biológica como nadie lo ha hecho en el siglo XX y camino al XXI.

Desde su figura y su accionar se expresó el mito de la época que le tocó vivir, pero también, más allá de su muerte física, se está proyectando en forma embrionaria el mito que imperiosamente necesita esta nueva época post-derrumbe y este período singular de metamorfosis del capitalismo.

Algo poco común.

Pero algo que explica su conversión en figura emblemática de varias generaciones en todos los continentes.

Este fenómeno, certeramente apreciado, indica que no es fatal la desesperanza, mucho menos después de instalada la nueva ola transformadora.

El Che representó la insumisión, y la invocación a su figura desde sectores y personas de todas las creencias y generaciones, indica que el germen de la rebeldía no ha muerto y que el mito revolucionario puede y debe reencarnar en otro mito actualmente en gestación.

El Che está allá y acá.

Fidel sigue acá.

Firme y digno, simbolizando la resistencia que precede a toda nueva ofensiva.

Ernesto Guevara respondió así a la pregunta que se hizo sobre las circunstancias excepcionales que rodean la personalidad de Fidel Castro:

“Hay varias características en su vida y en su carácter, que lo hacen sobresalir ampliamente sobre todos sus compañeros y seguidores. Fidel es un hombre de tan gran personalidad que en cualquier movimiento en que participe debe llevar la conducción y así lo ha hecho en el curso de su carrera, desde la vida estudiantil hasta el premierato de nuestra patria y de los pueblos oprimidos de América. Tiene las características de gran conductor que, sumadas a su extraordinario afán de auscultar siempre la voluntad del pueblo, le han llevado a un lugar de honor y de sacrificio que hoy ocupa. Pero tiene otras cualidades importantes, como son su capacidad para simular los conocimientos y las experiencias, para comprender todo el conjunto de una situación dada, sin perder de vista los detalles, su fe inmensa en el futuro y su amplitud de visión para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos, viendo siempre más lejos y mejor que sus compañeros”... (La Experiencia de la Revolución Cubana. Ernesto Guevara, 1961).

Una valoración de ese calibre, salida de la mente y el corazón del Che, no es cualquier cosa. Ella permite comprender el porqué de la vigencia y proyección creciente del liderazgo de Fidel a escala mundial y el porqué de la admiración que despierta no sólo en las multitudes cubanas, sino en todo el planeta.

.El también encarnó la rebeldía en épocas de victorias y de resistencias heroicas y, además, ahora representa la irreverencia frente al nuevo orden neoliberal cada vez más globalizado y, sobre todo, personifica el principal ejemplo de la hermosa señal de que se pudo y se puede sobrevivir hasta empalmar con el nuevo auge que pone en jaque al neoliberalismo bestial.

Muchos lo consideran -y no sin razón- el hombre del siglo XX: expresión viviente de la rebeldía frente a las más grandes injusticias.

En tierra dominicana, en su primera visita después de 40 años de revolución en Cuba (septiembre de 1998), frente a una exclamación que lo exaltaba como el hombre del Siglo XX, Fidel respondió precisando que le hubiera gustado nacer en el siglo XXI.

Su alusión a las entonces condiciones difíciles y sin perspectivas de avances que para los revolucionarios habían deparado los últimos años del pasado siglo y a lo que podría resultar de la crisis global en desarrollo y la recomposición -todavía incipiente- de los proyectos y las fuerzas alternativas, fue más que obvia.

Pero las situaciones graves tienen la virtud de provocar la creación heroica, relacionar los adelantos de la ciencia y la técnica con la voluntad liberadora y generar los nuevos mitos revolucionarios, inspirados en luchas y figuras realmente emblemáticas.

Y hay señales muy claras de que la búsqueda orquestada con el esfuerzo combinado de las almas de los grandes muertos y las almas en vida, está en fase promisoria. Eso explica el auge del bolivarianismo, del guevarismo, del mariateguismo, del caamañoismo...

Es realmente cierto aquello de que cuando va a amanecer la noche se pone más oscura..., para luego dar paso a la nueva luz.

Más allá de lo acontecido -y quizás precisamente por lo acontecido en el siglo que se fue- el nuevo siglo promete una nueva vía socialista y una globalización totalmente diferente: humana, participativa, fraterna y justa.

Ese es el gran desafío que engloba todos los demás.

Y en el caso de nuestra América el valor del bolivarianismo, del latinoamericanismo, del antillanismo revolucionario, prestos sus sustentadores(as) a avanzar hacia la Patria Grande liberada en todas las direcciones y por todos los medios posibles, incluida -si se nos obligan a ella- la rebeldía armada, la guerra de los pueblos(a lo Bolívar), frente a la nueva guerra de rapiña imperial.

Claro que no es nuestro deseo transitar esa vertiente dura de la lucha liberadora, pero hay señales de que nos la quieren imponer. El imperio toca sus tambores de guerra y solo una contrapartida integral puede disuadirlo o vencerlo.

En Colombia su presencia militar es creciente y en toda América su sistema de bases, tropas y maniobras militares, evidencian sus ensayos y preparación para invadir soberanías y desatar guerras de baja y alta intensidad.

Desde Colombia apuntan a invadir Venezuela y Ecuador.

Por eso, junto a los avances políticos, es válido potenciar las capacidades insurgentes de los sectores patrióticos de nuestros ejércitos regulares y de las fuerzas populares irregulares, que como las FARC-EP y todas las organizaciones político-militares del continente, son factores activos en confrontaciones nacionales hoy ineludibles y valiosas reservas para situaciones continentales en las que la resistencia y contra-ofensiva armada precisen ser ampliadas.

Por eso –si somos leales a los imperecederas valoraciones del Che sobre el imperialismo- hoy más que nunca procede defender no solo las justas rebeldías no armadas, sino también el acumulado político-militar real, esto es, los componentes patrióticos de nuestras fuerzas armadas regulares y la creación heroica de las insurgencias populares armadas que han sobrevivido a todos los intentos de asesinatos físico y moral.

¡A ellos hay que les estigmatiza como ayer al Che!

Ni un paso atrás: ¡Hasta la Victoria Siempre!

Mayo 2008